

RÉQUIEM PARA UN CEDRO

Venía de cortezas ancestrales
de mieles y metales conjurados
¡ plenitud altiva de avalancha!

Lumbre verde, salvaje, germinada
que abrió en pujanza incontinida
las codiciosas vísceras celestes,
proclamando constelación de ramas.

Más allá de su escultura gigantesca
la bóveda estrellada – varias veces-
designó en insólitos idiomas,
los vitrales pabellones del alba.
Imagínalo desnudo, convincente
coordinando geografías anudadas
aromas horizontales, rudos
plasmándose oráculo de espacios.
Junto a él,
maternidad fecunda, intolerable
hombres apenas de carne,
te sentías.

Allí, donde el filo adverso del ahogo
es mancha indispensable de fatigas,
expiró en clamor senil, estrepitoso
un patriarca de custodia y tempestades.

(Voz transmutada de madera
guía tus brazos, febriles centinelas
en los hatos oprimidos de la niebla).

Carmen Hebe Tanco